

# ARIANISMO.

Miguel Pelay Orozco



¿Qué quiere decir la palabra "ario"? ¿Contiene este vocablo alguna realidad objetiva o sólo se trata de un espejismo semántico? Es ésta una de tantas palabras que con el tiempo han ido perdiendo su significación y su utilización primitivas, para ejercer después funciones de índole exclusivamente política.

Al parecer, etimológicamente ario viene del sánscrito "arya", esto es, de buena familia. Lo que, aplicado a los pueblos o a las razas, implica, naturalmente, un componente de nobleza o de superioridad.

El conde de Gobineau, diplomático francés amigo de Wagner, fue uno de los primeros racistas del mundo. Gobineau, muy influido por la filosofía nietzschiana, ensalzó con entusiasmo las excelencias de una raza pura e hizo una apología apasionada de la violencia, de la lucha, de la superioridad racial y del imperialismo. Fue, pues, un precursor del *nazismo*. Y hay que señalar su carácter contradictorio, puesto que siendo un católico fervoroso, se distinguió como enemigo encarnizado de Darwin, lo que no le impidió anticiparse al naturalista inglés, proclamando el principio de selección. Para Gobineau existían tres razas: la negra, la amarilla y la blanca. De la primera afirmaba que era la raza más baja; de la amarilla, que se caracterizaba por su apatía y por su tendencia a la mediocridad; y de la tercera, es decir, de la raza blanca, que era la base de todo organismo social.

Unos años después de que Gobineau publicara su primer libro, otro francés, el antropólogo Vacher de Lapouge, aseguró dogmáticamente que el elemento motor de la civilización se hallaba en la raza y que el tanto de sangre aria que llevarán los pueblos en sus venas sería el que determinara su jerarquía en el concierto mundial. Vacher de Lapouge, que era discípulo del alemán Ammon, fundador de la antroposociología, identificaba al ario -al *homo europeus* de Linneo, con el germano del Norte, al que definía como un tipo dolicocefalo, rubio, de ojos claros y gran estatura, en contraste con el *homo alpinus*- dudo que estas denominaciones continúen empleándose en la Antropología moderna-, moreno, braquicefalo y bajo de estatura.

Para Lapouge, el ario era el hombre atrevido, guerrero, individualista y audaz, mientras que las demás razas se caracterizaban por su índole un tanto menguada, por lo que Galton denominó *espíritu gregario*, limitándose a seguir las iniciativas del superhombre, es decir, del ario. La cosa parece ridícula. Afirmar hoy que tipos como los conquistadores españoles, considerados como no arios, fuesen apocados, rutinarios, etcétera, mueve a risa. Por ahora parece que es la propia historia la que rechaza con firmeza esa tesis arianista.

A Gobienau y Lapouge les sucedió, en el panegírico de los arios, un alemán de origen inglés: Houston S. Chamberlain. Para Chamberlain, el arianismo constituía la base de la civilización, integrada por los pueblos celto-germano-eslovacos, exponentes de lo mejor del espíritu europeo. Enfrente de ellos se hallarían los pueblos semíticos y los autóctonos europeos, etruscos, vascos, etc...

Según Baroja, para Chamberlain había dos vascos, dos productos de una raza prehistórica y cavernaria, que eran los enemigos más encarnizados del arianismo: San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier. Ante una afirmación como ésta, a muchos de los que seguimos estas cuestiones etnológicas sin gran rigor y, más bien, con cierta curiosidad de diletantes, no nos entra en la cabeza un Loyola encasillado entre los hombres apocados, rutinarios, gregarios, etc... Todo lo contrario. Lo vemos militar entre los "otros", entre los decididos, los fuertes de carácter, los engendradores de iniciativas e influencias.

Baroja, en oposición a estos etnólogos germanistas, sugiere la posibilidad de que el ario, de haber existido (cosa que no parece comprobada del todo), fuera exclusivamente el que de primeras fue llamado celta y luego hombre alpino, y al que se definía como un tipo relativamente bajo, braqui o mesocéfalo y de aire mongoloide, que habría venido de Asia por las estepas rusas, ocupando el centro de Europa y formando el fondo étnico de Francia, de Alemania, de Suiza, de Bélgica y de parte del norte de España y de Italia. En apoyo de esta tesis, a la que

tampoco daba excesiva importancia, don Pío hacía hincapié en la tendencia de la mayor parte de los antropólogos a afirmar que la raza nórdica se había formado en regiones frías e inhospitalarias, en dura lucha contra la naturaleza y los elementos. Su sobrino Julio, sin terciar en esta cuestión, afirmaba por su parte, que las tierras montañosas eran proclives a la creencia en brujerías, señalando que en Castilla, por ejemplo, nunca se llegó al terror social. Insistiendo en el tema, uno destacaría la inclinación de los poetas y escritores nórdicos por situar sus creaciones en los escenarios gélidos, sombríos y boscosos de Escandinavia. Pienso también que las elucubraciones patéticas de Kierkegaard y el *Séptimo Sello* de Ingmar Bergman, se corresponderían con este paraje un tanto deprimente y propicio a la introspección y a la soledad.

De todas maneras, uno se ha sentido siempre vagamente atraído por la Selma Lagerlof de *La Leyenda de Gosta Berling*, el Hamsum de *Pan* o de *Hambre*, o el Ibsen de *Casa de muñecas*. Le impresionaron en su día -no muy lejano, por cierto- y hoy sigue recordándolos...

